

Rainer Maria Rilke

Tres *ELEGÍAS DE DUINO*

Versiones de Francisco Serrano

## PRIMERA ELEGÍA

¿Si yo gritara, quién entre las jerarquías  
celestes me oiría? Y si un ángel de pronto  
me estrechara con fuerza contra su corazón,  
su existencia más fuerte me desintegraría.  
Porque lo bello es sólo germen de lo terrible  
que nosotros aún podemos soportar  
y nos fascina tanto sólo porque, indolente,  
desdeña aniquilarnos. Todo ángel es terrible.

Debo pues contenerme y guardar en mi pecho  
el oscuro sollozo de mi vivo reclamo.

¡Ah!, ¿porque a quién entonces podremos recurrir?

A los ángeles no, ni tampoco a los hombres.

Y las bestias, astutas, se percatan que no  
estamos ni seguros ni a gusto en este mundo  
interpretado. Nos queda tal vez un árbol  
en la ladera al que podemos contemplar  
de nuevo cada día, o el camino de ayer  
y la fidelidad remisa a una costumbre  
a la que fuimos gratos y que no nos dejó.

¡Y la noche, oh, la noche!, cuando el viento colmado  
de todos los espacios lacera nuestros rostros,  
¿con quién se quedará ella, tan anhelada,  
que nos desilusiona con tal suavidad mientras  
se cierne laboriosa sobre el corazón solo?

¿Acaso pesará menos a los amantes?

Uno al otro se ocultan su destino ¿Lo ignoras?

Arroja de tus brazos el vacío al espacio  
que todos respiramos, así quizá los pájaros  
sientan más vasto el aire con un vuelo más íntimo.

A ti las primaveras, sí, te necesitaban  
e infinitas estrellas estaban aguardando  
que tú las contemplaras. Una ola se alzó  
a ti desde el pasado, o pasando delante  
de una ventana abierta las notas de un violín  
se te entregaron. Y todo esto era una orden,  
mas, ¿pudiste cumplirla? ¿No has estado a la espera  
desprevenido, como si todo te anunciara

a una amante? (Dónde ibas a esconderla si grandes  
y extraños pensamientos salen y entran de ti,  
y a menudo se quedan contigo por la noche?)  
Si aún sientes nostalgia, cántale a las amantes.  
Su ilustre sentimiento aún se encuentra lejos  
de volverse inmortal. A las abandonadas,  
a las que casi envidias y a las que consideras  
mucho más amorosas que las correspondidas  
amantes satisfechas, dedícales tu canto.  
Vuelve siempre a empezar tu elogio inalcanzable:  
Piensa que el héroe vive y que incluso su muerte  
es razón para ser: su último nacimiento.  
Pero ¡ay! a los amantes la naturaleza, harta,  
los recobra en su seno, como si no tuviera  
la fuerza suficiente para otra vez crearlas.  
¿Encomiaste bastante el amor de Gaspara  
Stampa, para que una jovencita cualquiera  
a quien dejó el amante, emulando su ejemplo  
pueda, intensa, exclamar: si yo fuera como ella?  
¿No deberían pues estos dolores viejos  
volverse más fecundos? ¿No es tiempo de librarnos,  
amando, de la amada y resistir, vibrantes,  
del modo que la flecha se contiene en el arco  
para, fija en su vuelo, *superarse* a sí misma?  
Pero en ninguna parte hay donde detenerse.

Voces. Voces. Escucha, corazón, como sólo  
los santos escucharon esta llamada inmensa  
que los alzó del suelo mientras ellos, absortos,  
seguían de rodillas: así es como escuchaban.  
Y no es que, ni de lejos, puedas tú soportar  
la voz de *Dios*. Pero oye la queja del espacio,  
el mensaje incesante que surge del silencio  
y que viene hacia ti ahora: es el rumor  
de aquellos muertos jóvenes. Dondequiera que entraras,  
en los templos de Nápoles y Roma ¿no te hablaba  
sereno, su destino? O en cualquier epitafio,  
una inscripción sublime que atrajo tu mirada  
como hace poco aquella tumba en Santa María  
Formosa ¿Qué me piden? Que aparte suavemente

la aparente injusticia que a veces dificulta  
un poco el movimiento muy puro de su espíritu.

Es extraño sin duda no habitar ya la tierra,  
dejar de practicar rutinas y costumbres  
apenas aprendidas, no poderles ya dar  
ningún significado de provenir humano  
ni a las rosas ni a tantas otras cosas tan plenas  
de promesas, no ser ya más lo que uno fue  
en manos que se afligen, e incluso el propio nombre  
dejarlo abandonado como un juguete roto.

Extraño no volver a desear deseos.

Extraño ver disperso lo que estuvo reunido,  
flotando en el espacio. Y es penoso estar muerto,  
y es arduo recobrar y sentir poco a poco  
de una manera plena algo de eternidad.

Pero los vivos, todos, cometen el error  
de querer distinguir con certeza excesiva.

Los ángeles (se dice) a menudo no saben  
si están entre los vivos o van entre los muertos.

El eterno torrente a todas las edades  
las arrastra consigo a través de ambos reinos  
y en los dos, acallándolos, su rumor predomina.

Después de todo, ya no nos necesitan  
los que se fueron pronto, pues uno va perdiendo  
pausadamente el hábito de lo terreno, igual  
que el niño se despega del pecho de la madre.  
Mas nosotros, urgidos de tan grandes misterios,  
nosotros, para quienes tan repetidamente  
del desconsuelo brota el bendito progreso,  
¿podemos ser sin ellos? ¿Es vana la leyenda  
que narra como antaño en el llanto por Linos  
la música primera traspasó la aridez?,  
y entonces en los ámbitos atónitos, que un joven,  
un dios casi, dejaba de pronto para siempre,  
del vacío surgió aquella vibración  
que aún nos arrebató, nos consuela y conforta.

## SEGUNDA ELEGÍA

Todo ángel es terrible. Y no obstante, ¡ay de mí!,  
les canto, conociéndolos, casi letales pájaros  
del alma. ¿Dónde está el tiempo de Tobías,  
cuando el más refulgente, apenas disfrazado  
para emprender el viaje, se pudo presentar  
ante el humilde umbral y ya no tan temible?  
(Un joven viendo a otro con gran curiosidad.)  
Si el peligroso arcángel detrás de las estrellas,  
ahora, dando un paso descendiera hasta aquí,  
¡ah!, nuestro corazón latiría tan fuerte  
que nos destrozaría. Díganme, ¿quiénes son?

Perfecciones tempranas, criaturas predilectas  
de la creación, cúspides, cimas arreboladas  
de todo lo creado, polen del dios en flor,  
pasadizos, escalas, enlaces de luz, tronos,  
espacios esenciales, escudos de la dicha,  
tumultos, arrebatos de éxtasis, y de pronto,  
apartados, espejos que la propia belleza  
que irradian la reflejan nuevamente en su rostro.

Sentir, para nosotros, es, ¡ay!, desvanecerse,  
y de una brasa a otra cada vez exhalamos  
un aroma más tenue. Tal vez alguien nos diga:  
sí, has entrado en mi sangre, la primavera, el cuarto  
se han llenado de ti... ¿De qué nos serviría?  
No puede retenernos. Pues desaparecemos  
en él y en torno suyo ... Y a esos que son bellos  
¡ay!, ¿quién los retendrá? Sin cesar la apariencia  
se disipa en su rostro, semejante al rocío  
matinal en la hierba, o así como el calor  
de algún manjar caliente, de nosotros se aparta  
lo nuestro. ¡Oh, la sonrisa!, ¿adónde? Oh, mira a lo alto:  
nueva, fugaz y cálida ola del corazón...;  
No obstante, ay, *somos* eso. ¿Acaso el universo  
en que nos disolvemos tiene nuestro sabor?  
¿Los ángeles recogen lo que en verdad es suyo,  
lo que de ellos emana, o hay en ellos también,

por descuido tal vez algo de nuestro ser?  
¿Estamos solamente mezclados con sus rasgos  
como esa vaguedad que se observa en el rostro  
de una mujer encinta? Ellos no se percatan,  
pues en el torbellino del retorno a sí mismos,  
¿cómo iban a notarlo? Los amantes podrían,  
si acaso comprendieran, decirse maravillas  
en el aire nocturno. Pues parece que todo  
nos quisiera ocultar. Ve: los árboles *son*,  
las casas que habitamos existen todavía.  
Solamente nosotros pasamos frente a todo,  
como un aire que cambia. Y todo nos silencia,  
un poco por pudor y otro poco, tal vez,  
por alguna esperanza que nunca confesamos.

Amantes, que uno al otro se bastan, les pregunto  
por nuestra condición: ustedes que se tocan,  
¿tienen alguna prueba? Miren: sucede a veces  
que mis manos se juntan y así se reconocen  
y mi gastado rostro busca en ellas refugio.  
Y eso me da conciencia, un poco, de mí mismo.  
Pero ¿quién sin embargo por ello osaría *ser*?  
Pero ustedes, que crecen con el otro en el éxtasis  
hasta que él, subyugado, implora: ¡*Ya no más!*,  
ustedes, cuyas manos descubren la abundancia  
del tiempo de vendimia; que a veces se disuelven  
para que el otro impere, a ustedes les pregunto  
otra vez por nosotros. Sé que cuando se tocan  
tan deliciosamente es porque sus caricias  
persisten y que el sitio que con ternura cubren  
nunca se desvanece; y que debajo de él  
perciben de algún modo la pura duración.  
Su abrazo les promete casi la eternidad.  
No obstante, si superan el miedo a las primeras  
miradas y la espera ansiosa en la ventana  
y ese primer paseo juntos por el jardín,  
díganme, amantes, ¿siguen *siéndolo* todavía?  
Cuando, para beber, uno al otro se llevan  
sorbo a sorbo a la boca, ¿de qué manera extraña,  
intenta, ay, evadirse de su acción el que bebe!

¿Nunca les asombró en las estelas áticas  
la medida discreta de los gestos humanos?  
¿No se posan allí amor y despedida,  
leves, sobre los hombros, como si los hubieran  
hecho de una materia distinta de nosotros?  
Y recuerden las manos, cómo, sin oprimir,  
reposan a pesar de la fuerza en los torsos.  
Maestros de sí mismos, supieron expresarlo:  
esto somos nosotros, nos tocamos así;  
los dioses nos oprimen con más fuerza, pero eso  
es absolutamente asunto de los dioses.

Si nosotros pudiéramos encontrar algo humano,  
puro, sobrio, una estrecha franja de tierra fértil  
que nos perteneciera, entre el río y la roca.  
Pues nuestro corazón nos sobrepasa siempre,  
como a ellos. No podemos contemplarlo en imágenes  
que consigan calmarlo, ni en los cuerpos divinos  
que por ser aun más grandes, al final, lo moderan.

## OCTAVA ELEGÍA

*Dedicada a Rudolf Kassner*

Ve la criatura con los ojos plenos  
lo Abierto. Solamente nuestros ojos  
parecen invertidos, colocados  
como trampas, en torno a la salida.  
Lo que *está* afuera sólo lo captamos  
por el rostro del animal, y desde  
que es pequeño le damos vuelta al niño  
obligándolo a que mire hacia atrás,  
al mundo de las formas, no a lo abierto,  
que, libre de la muerte, es tan profundo  
en el rostro puro del animal.

A *ella* sólo la vemos nosotros;  
libre, el animal tiene tras de sí  
siempre a su ocaso y por delante a Dios,  
y así, cuando camina, donde avanza  
es en la eternidad, como las fuentes.

Pero *nosotros* nunca, ni un día solo  
estamos ante aquel espacio puro  
en que infinitamente abren las flores.  
Siempre está el mundo, no esa “ninguna parte”  
limitada por nada, que es lo puro  
donde nada vigila, se respira  
y se *sabe* infinito y no se ansía.  
A veces algún niño ahí se pierde  
y regresa en silencio, trastornado.  
O alguno muere y *es*. Junto a la muerte  
la muerte no se ve. O se ve *hacia afuera*  
con una gran mirada de animal.

Los amantes, de no ser por el otro  
que se interpone y le tapa la vista,  
se sentirían muy cerca, asombrados...  
Pues como por descuido, la visión  
se les abre y revela a sus espaldas.  
Pero ninguno de los dos consigue  
avanzar más allá del ser del otro,



y el mundo vuelve a ser de nuevo el mismo.  
De cara todo el tiempo a la creación  
percibimos en ella solamente  
el espejismo de la libertad  
oscurecida por nosotros. Mudo,  
un animal a veces ve hacia arriba  
y su mirada, mansa, nos traspasa.  
Lo llamamos destino: estar enfrente  
y ninguna otra cosa, siempre enfrente.

Si hubiera una conciencia semejante  
a la nuestra en el plácido animal  
que en dirección contraria nos enfrenta,  
su firme paso nos arrastraría.  
Pero su ser para él es infinito,  
no se percata de su propio estado  
siempre tan puro como su mirada.  
Y ahí donde nosotros contemplamos  
el porvenir él ve totalidad,  
y él en ella y a salvo para siempre.

Y sin embargo en el atento y cálido  
animal hay la preocupación  
y el peso de una gran melancolía.  
Porque a él también lo abrumba lo que a veces  
nos somete a nosotros — el recuerdo,  
como si eso que con afán buscamos  
hubiera estado cada vez más cerca,  
más fiel, con un contacto de ternura  
inagotable. Aquí todo es distancia,  
allí respiración, aliento. Tras  
esa patria primera, esta segunda  
le parece insegura y borrascosa.

Oh dicha de la *mínima* criatura  
que siempre *permanece* en aquel seno  
que la albergó; oh, y la felicidad  
del mosquito que salta *dentro* aún,  
incluso cuando hay boda. Todo es seno.

Y observa la inseguridad del pájaro  
que sabe de ambos mundos por su origen,  
como si fuera el alma de un etrusco,  
de un muerto al que ha acogido ya el espacio,  
cuya efigie yacente está en la lápida.  
¡Y qué asombro del que tiene que volar  
y ha surgido de un seno. Y asustado  
de sí mismo y en zigzag cruza el aire  
igual que la fisura en una taza.  
Así raya la huella del murciélago  
la porcelana del anochecer.  
¡Y nosotros, en todas partes, siempre,  
espectadores vueltos hacia todo  
pero nunca hacia afuera! Y nos desborda.  
Lo ordenamos. Y se cae en pedazos.  
Lo ordenamos de nuevo. Pero entonces  
nos derruimos nosotros hechos trizas.

¿Quién entonces nos dio la vuelta así,  
poniéndonos de espaldas, de tal modo  
que hagamos lo que hagamos, para siempre  
tenemos la actitud del que se va?  
Igual que aquel que en la última colina  
que le descubre el valle una vez más,  
se vuelve, se detiene y se demora,  
así vivimos siempre, despidiéndonos.